



www.loqueleo.com

La selva de los números

© Del texto: 2000, Ricardo Gómez

© De las ilustraciones: 2000, Tesa González

© De esta edición:

2015, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-743-491-0

Impreso en Colombia

Impreso por Editora Géminis S.A.S.

Primera edición en Alfaguara Infantil Colombia: 2007

Primera edición en Loqueleo Colombia: noviembre de 2015

Tercera reimpresión en Loqueleo Colombia: octubre de 2017

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

La selva de los números

Ricardo Gómez

Ilustraciones de Tesa González

loqueleq

Tuga, la tortuga

Hace mucho mucho tiempo, aunque nadie puede decir cuánto, había una enorme selva en la que vivían bastantes gacelas, algunos leones, muchos monos, algunos elefantes, muchísimos caracoles, algunos leopardos, enormes cantidades de lagartijas y una tortuga. 5

En definitiva, había pocos animales más o menos grandes y muchos animales más o menos pequeños. Y la tortuga.

Igual sucedía con árboles y hierbas. Había pocos baobabs, pero muchas acacias. Muchos arbustos, pero escasos robles gigantes. Y una cantidad enorme de plantas pequeñas, y no digamos hierbitas.

De lo demás, por el estilo: algún lago grande, algún río largo, y luego más laguitos, riachuelos y charcas. Había cuevas, refugios, praderas, nidos, abrevaderos, colinas y un tronco de árbol viejo y reseco.

6 En el hueco del árbol viejo y reseco vivía la tortuga.

La tortuga no era ni grande ni pequeña, así que no había ni muchas ni pocas tortugas como ella. Pero esta era una tortuga especial. Tanto que a partir de ahora la llamaremos Tuga.

Tuga, la tortuga, vivía en el hueco de un árbol reseco y viejo.

Las tortugas viven mucho tiempo, como todo el mundo sabe, pero Tuga era la tortuga más vieja de la selva, y se había vuelto la más sabia de todas las tortugas. En realidad, el día que Tuga decidió meterse en el hueco del árbol, el árbol no era reseco y viejo, sino joven y lleno de hojas.

Tuga se refugió en el hueco y se dedicó a pensar, sin moverse, mientras el árbol envejecía. De vez en cuando, roía algunas hierbas que crecían en la base del árbol, sin dejar de pensar.

Así estuvo tiempo y tiempo, hasta que un día, cuando consideró que ya había pensado lo suficiente, abandonó el hueco del árbol y echó a andar.

Despacito, porque las tortugas andan despacito, y además Tuga era vieja. Nadie en la selva sospechaba lo lista que se había vuelto esa tortuga.

Un besugo en medio de la selva

Caminando despacito se llega a todas partes. Es cuestión de tiempo y de paciencia, y Tuga tenía ambas cosas. 9

Aunque estaba lejos, Tuga buscó el territorio de los leones, pues quería encontrar al rey de la selva. Mientras caminaba despacito no dejaba de pensar en las cosas que había inventado y quería contar al león.

Preguntó a unos y a otros hasta que encontró al rey echado a la sombra de un árbol. Tuga se acercó e hizo un gesto de respeto con la cabeza.

—¿Qué quieres?

Las tortugas no tienen miedo de los leones, porque su caparazón es duro y los dientes de los leones resbalan con él. Por lo mismo, los leones no tienen interés por las tortugas, a quienes consideran además unos bichos lentos, torpes y con olor a viejo.

10 —Majestad, vengo a contaros un descubrimiento que he hecho, con el que se podrá poner orden en la selva.

—¿Orden? ¿Y para qué quiero yo orden? Yo doy órdenes, pero no quiero para nada el orden. Me gusta el desorden.

El león hablaba aburrido, con la cabeza entre las patas, intentando protegerse de las muchas moscas pequeñas que había en los alrededores.

—Con mi invento sabré cuántos leones hay en su manada, cuántas gacelas en la pradera y cuántos árboles en la selva y la fruta que da cada uno.